



QUINTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

«MARCELO»

UNIVERSIDAD POPULAR
MARZO 2021

ÍNDICE

MARCELO	José A. Secas	4
LA MIRADA	Cele Lázaro	5
¿POR QUÉ ME ABANDONAS?	Isabel Casillas	6
SORPRESA JUNTO AL SURTIDOR	María J. Llanos	7
EL PERRO DE LA CURVA	Marga Gozalo Delgado	8
CAMBIO DE PLANES	Soledad García Garrido	9
MARCELO	David Santiago	10
LA SUERTE DE MARCELO	Pilar Alcántara	11
¡CUÁNTO TIEMPO!	Joaquina Campón	12
EL SURTIDOR DE SUERTE	Juan Carlos Fdez.	13
LA DUDA	José Antonio García Fera	14
MARCELO	Belén Gómez	15
EL ABECEDARIO ESTELAR	Vicente Rodríguez Lázaro	16
CAZAR CONEJOS	Ángel Rodríguez	17
FORMAS DE PASAR A MEJOR VIDA	Víctor M. Jiménez Andrada	18
MOLY Y MARCELO	Tasi Solís	19
TOBI O MARCELO	Concha Ibáñez Montero	20

MARCELO

Marcelo es un perro desgraciado pero listo. Tiene el instinto de conservación muy desarrollado. Mira con carita de pena mientras agita la parte de abajo de su cola metida entre las patas. Marcelo tiene unos ojos tristes, pero luminosos, y no ladra. Lleva escrito en su expresión el germen de su bondad transparente.

Marcelo confía en el género humano y observa atentamente a los coches que pasan junto a él, acurrucado a la sombra de un seto descuidado, al lado de la papelería rebosante de latas vacías que hay junto al aparato de aire. Los niños se fijan en él porque manejan el lenguaje no verbal del amor inocente. Marcelo no pierde la esperanza. Marcelo encontrará una familia que se enamore de su mirada. Hay gente buena que necesita inflar las ruedas de sus autos y él sabe que, tarde o temprano, aparecerá.

José A. Secas

LA MIRADA

Jamás albergué la idea de tener un perro.

Cuando aquel día me bajé del coche para repostar, mi mirada se cruzó con la de este pequeño chucho que estaba agazapado en un rincón.

No se movió de su sitio, no ladró, no hizo nada. Pero su profunda mirada me cautivó. Parecía que me estuviera llamando.

Me acerqué a él y le pasé la mano por el lomo. Al sentir la suave caricia, comenzó a mover el rabo y su mirada, otra vez su mirada, expresó tal alegría que solo le faltó articular palabras y decirme: quiero vivir contigo.

Y no me lo pensé. Abrí la puerta del coche y él, de un salto, se metió dentro.

Desde entonces, todas las noches, ocupa mi sitio en el sofá.

Cele Lázaro

¿POR QUE ME ABANDONAS?

Marcelo levantó la vista buscando el coche de su familia, pero no lo veía por ninguna parte. Tampoco estaba Pedrito, que se había acercado a la tienda de la gasolinera a comprar un refresco mientras su padre repostaba.

Una voz aguda y chillona habló detrás de él.

—Se han ido. Te han abandonado.

Se volvió y comprobó que pertenecía a una blanquísima gatita de ojos azul muy claro.

—Eso no puede ser— le contestó. —Ellos no lo harían.

—He visto más de un caso, créeme— respondió la felina. —Ahora vendrán los de la perrera y te llevarán con ellos.

Marcelo, un hermoso pinscher miniatura, abrió la boca angustiado y sacó la lengua; jadeaba.

Se acercó moviendo la cola hasta la puerta de la tienda donde se encontraban varias personas; y para llamar su atención comenzó a andar solo con las patas traseras, como le habían enseñado en casa. Todos lo observaban divertidos.

Alguien exclamó: —Parece perdido o abandonado. Habrá que llamar a la perrera.

«La gata va a tener razón», pensó muy asustado el can.

Y justo cuando empezaba a lloriquear, vio acercarse un coche a gran velocidad que paró a su lado. Pedrito bajó rápido y se agachó para tomarlo en brazos volviendo de nuevo al vehículo muy contento, al tiempo que su padre contaba a los allí presentes la angustia que sintieron al notar la ausencia de su perro.

Mientras se alejaban, Marcelo reparó en la blanca gatita que, sentada en la acera, lo observaba.

Isabel Casillas

SORPRESA JUNTO AL SURTIDOR

Acababan de dar las siete de la mañana cuando la alarma del radio reloj rompió el silencio de la madrugada. Un locutor trasnochado vomitaba noticias mientras yo empezaba el perezoso ritual del estiramiento matutino antes de abandonar el confort de la cama.

Al poner los pies en el suelo me topé con una alfombra de pelos mullidos. Instintivamente subí las piernas y me quedé allí clavada, aturdida, sintiéndome observada por los lánguidos ojos de un perro postrado a mis pies. De pronto, se sucedieron en mi cabeza las imágenes de la noche anterior: ahora veía claramente la gasolinera donde paré a repostar en la vuelta de mi largo viaje; veía un cachorrillo apostado junto al surtidor; veía mi mano acariciando el escalofrío, el temblor y el miedo de aquel animal que emitía gemidos mientras echaba hacia atrás las orejas y clavaba sus ojos llorosos e implorantes en mí. Sé que miré en todas las direcciones esperando encontrarme con alguien a quien poder preguntar. Pero la estación de autoservicio estaba vacía. Solos el perro y yo permanecíamos en ese lugar enfrentados a la negritud de una noche cerrada. No fui capaz de arrancar mi coche y dejarlo allí abandonado...

María J. Llanos

EL PERRO DE LA CURVA

Estaba a punto de ponerse el sol y Marcelo había perdido la fe y la paciencia. ¿Cuántos días llevaba allí? ¿cuatro? ¿cinco?

Todo empezó cuando aquella furgoneta blanca se llevó a su amita Concha. La casa se quedaba sola, como otras veces. En esos casos, los días de soledad se jalonaban de paseos precipitados y extraordinarias dosis de comida... de penosa soledad.

Sin embargo, en esta ocasión Juan, el hijo del ama, le dijo: “te vienes conmigo”. Marcelino meneó la cola con entusiasmo. Se durmió, feliz, en el asiento de atrás.

Juan había parado el coche en una gasolinera, le había dado unas galletas y le había dicho “espérame aquí”. Eso había hecho, sin moverse del sitio, hasta que vio que se hacía de noche y tenía hambre, sed, frío. Intentó explicarse, pedir ayuda al señor que cogía la manguera y hacía con ella cosquillas a los coches, que se iban tan contentos. Pero todo fue inútil.

Entonces apareció Ambrosio, de repente, de la nada, con su triste figura de escueto galgo gris y su acento porteño.

—¿Sos nuevo? — preguntó. —Otro cliente— dijo en voz alta. —Has tenido suerte, te ofrezco mis servicios, conmigo, *che*, no *podés* fallar. Yo os enseñaré cómo evitar a los del refugio, cómo elegir la familia adoptante, cómo seducirla y conseguir que te lleven a su casa. Soy el mejor del oficio, yo te hago el *coaching*: nunca falla.

Macelo olvidó preguntar cuál era el precio del servicio. El precioso border collie nunca se había sentido tan solo, triste y hambriento. Aquel extraño perro gris era su única compañía. Siguió ciegamente sus instrucciones, huyó de los “perroflautas” y buscó coches con niños a los que poder acercarse. Pero todo fue inútil.

El quinto día, todo sucedió de repente: vio a un gato y sin pensarlo corrió tras él. Cuando le dio alcance lo acorraló junto a una pared. Detrás de él una mujer joven con un extraño peinado de colores, cogió al gato y se volvió, para darle las gracias.

—¡Una “perroflauta”! — oyó decir detrás de él. — ¡No te conviene!

Pero aquella mujer le acarició, le habló con dulzura y preguntó en la gasolinera de quién era ese perro. No parecía ver, detrás de él, al coach Ambrosio haciendo todo tipo de gestos. Era raro, pensó Marcelino, los otros humanos tampoco le dicen nada.

Todo sucedió en un momento, como a cámara lenta. Al mirar atrás, tampoco él consiguió vislumbrar siquiera a aquel extraño compañero, que pretendía convencerle de que se bajase de ese coche en el que iba a emprender su viaje hacia una nueva vida.

Ya en su trasportín y con un gesto de pereza, creyó oír susurrar al gato rescatado.

— Me debes una. Te he librado del perro de la curva.

Marga Gozalo Delgado

CAMBIO DE PLANES

Olía a gasolina. Llevaba el día entero esquivando coches entre los surtidores, las patas impregnadas del combustible que manchaba el asfalto. Se acercaba al primero que arribaba el coche para llenar el depósito y olisqueaba los zapatos para hallar algún rastro. Algunos, con ayuda de la manguera, lo alejaban, pero él volvía al sitio exacto donde había sido abandonado. Alzaba el hocico hacia los cristales cerrados donde los niños aplastaban la cara para verlo mejor. Agitaba inquieto el rabo en busca de Jorgito. Recordaba su rostro llorando, con las manos presionando la ventanilla, golpeándola en señal de protesta.

En un par de ocasiones, un coche despistado le había pillado una pata, pero solo se había oído un leve aullido de dolor. Los ladridos más fuertes se habían escuchado junto a la autovía, tras la carrera del animalito persiguiendo al coche de sus dueños. Después, se limitó a esperar con la lengua fuera. No podía ser que no volvieran. ¿Qué había hecho para merecer tal castigo?

Un hombre se interesó por él. Se apeó junto al lavadero de coches y le dedicó las caricias que necesitaba. Jugó con él durante unos minutos. Habría sido muy fácil abrir una puerta del coche y dejarle subir. Pero ¿cómo se las iba a apañar si él nunca había tenido un perro? Si no sabía de sus cuidados. En un descuido del animal, arrancó el vehículo y se fue.

Todo el día lo vieron dando vueltas, investigando a cada coche que se acercaba a los surtidores. El dueño de la gasolinera, antes de cerrar, le preparó un par de cuencos: uno con agua y otro con algo de comida. Allí se quedó, alerta mientras la noche vestía aquel lugar apartado de negro.

Cuando todo estaba en calma, unas luces lo alumbraron. Reconoció la voz.

—Sube.

El hombre se dijo que ya se las ingeniaría, que uno no se tropieza todos los días con un verdadero amigo.

Soledad García Garrido

MARCELO

Marcelo, un mastín amable, ha sido abandonado con premeditación y malicia. Una alejada gasolinera, lejos de todas las casas posibles, le abandona a una suerte mala y visceral. Merodeando entre los matorros, llama la atención de un cortés taxista venido de Valencia. Su copiloto, aún más complacido, se baja del coche tras ver el escenario por la ventanilla.

Algo llama la atención del animal, aparte de su mirada y por cómo se le encariña buscando entre sus ropas un inexistente bastoncillo o golosina de carne que echarse a la boca.

Antes de seguir su trayecto hacia Barcelona y después de entablar contacto con una patrulla de policía, decide que se vendrá con él a Barcelona, la bella ciutat.

David Santiago

LA SUERTE DE MARCELO

Marcelo mira asustado hacia la carretera. No sabe qué ha pasado, pero se encuentra perdido y sus dueños no están. Es posible que se hayan despistado, piensa con imágenes perrunas mientras da vueltas por la gasolinera. Es posible que hayan tenido que salir huyendo de algo, vuelve a pensar en otra foto borrosa que se proyecta en su cerebro canino. Todo lo que tiene en su mente animal son excusas, porque en su pequeño corazón de perro, profundo hasta el infinito y lleno de amor, no cabe el abandono. En cuanto ve la oportunidad, salta hasta el asiento de un coche que tenía la portezuela abierta porque alguien la había dejado así, por descuido, al ir a pagar su combustible. Marcelo se acurruca en la parte de atrás intentando esconderse. En su agotamiento, se queda dormido al instante y sueña con un hogar feliz igual al que tenía antes, o creía tener. La dueña del coche inicia su viaje sin saber que en el asiento trasero lleva un acompañante que desea su amistad. La suerte está echada.

Pilar Alcántara

¡CUÁNTO TIEMPO!

El coche iba tragando kilómetros a gran velocidad. El papá de Toni miraba por el espejo retrovisor la cara de satisfacción de su hijo que, en el asiento trasero se encontraba con su nuevo amigo “Marcelo”; un perrito que le había regalado el dueño de la gasolinera. Toni le puso ese nombre en recuerdo de un gran amigo.

Marcelo huía al rincón del asiento siempre que Toni le acariciaba.

Toni le dijo —Ahora no me conoces, pero verás qué bien lo pasamos, cuando te lleve al parque y conozcas a todos mis amigos.

Por las tardes, Toni le daba unos paseos por el barrio y los sábados lo llevaba al parque, pero Marcelo no demostraba alegría ni en el parque, ni en el camino.

Cada vez que daban unos pasos, se sentaba sin querer andar. Su nuevo dueño se reía y con mucho trabajo llegaban al parque. Al llegar, Toni se sentó en un banco, Marcelo subió a su lado. Toni le ofrecía unas chuches, y él se plantaba delante de su dueño y le dijo.

— Toni, vamos a poner las cosas en su sitio. Mira, para empezar, mi nombre es Virgo y vengo de una raza muy especial y he sido tratado con mucho mimo. Desde hoy, me cambias el nombre. Con respecto a las comidas no me gusta el pan duro, y la carne que no esté muy hecha; ¡Ah! y de huesos, nada. Los paseos cortos. No me gusta el parque, los niños son ruidosos y pesados.

Toni lo miró atónito diciendo — No sabía que los animales hablasen— y fue a acariciarle la cabeza. Pero este se echó para atrás diciendo.

— No vuelvas a poner tus manos sobre mi cabeza, tengo alergia a las manos. ¡Y dormir en el jardín nada! En tu cuarto se está mejor.

— ¿Eres un perro especial? — Preguntó Toni.

— Sí, pero no cambies la conversación, te estaba contando cómo quiero ser tratado. Desde hoy dormiré en tu cuarto y me arropas por las noches.

Toni empezó a notar que estaba siendo muy exigente y le preguntaba. — ¿Y tú qué vas hacer por mí?

—Nada, mi raza solo ha venido para ser mimado.

— ¿Y, no crees que también necesito tus caricias?

— ¡Bueno!, de eso hablaremos más adelante. Ahora apaga la luz que tengo sueño.

Joaquina Campón.

EL SURTIDOR DE SUERTE

Marcelo está solo en una gasolinera, sus dueños han aprovechado el repostaje para dejarlo abandonado en ella, deambula por el recinto entre ruido de motores, miradas curiosas y estruendo de cláxones cuando desorientado se cruza delante de los coches.

Repara que todos entran por la misma zona, e igualmente, tras parar junto a las máquinas de carburante durante unos minutos, continúan la marcha por un carril al lado opuesto del que entran.

Decide esperar paciente mientras observa a cada vehículo que para delante del surtidor donde repostó el coche de sus dueños. Junto a él, sentado sobre sus patas traseras pasa toda la tarde, algún conductor sorprendido le reprende porque cada vez que para el motor y ponen la manguera en el depósito, él la toca con sus manos, como queriéndose meter a través de aquel tubo dentro de cualquier coche, pues todos salen por el carril por donde se marcharon dejándolo atrás.

Otros, sin embargo, acarician su cogote y le dan trozos pan o alguna golosina mientras advierten el curioso comportamiento del animal.

Al llegar la noche, Marcelo continúa impertérrito con su tarea, las luces lo ciegan, pero no abandona su idea, y toca la manguera en cada repostaje que se sucede.

Al amanecer, una joven pareja para su furgoneta delante del surtidor, y juegan cariñosamente con el perro mientras acaricia por última vez la manguera.

Por el carril de incorporación a la autovía, Marcelo va ya camino de su hogar.

Juan Carlos Fdez

LA DUDA

La liberación de aquella correa alrededor de su cuello le llevaba al suelo, como otras veces, para que ejercitara sus patas en un radio cercano a sus cuidadores. El coche paró, retirado del bullicio de los surtidores, en el punto para controlar la presión de los neumáticos. La gasolinera, sumida en su trajinar diario, ausente de aquel perrito que se dirigía hacia una bolsita en el asfalto, arrimada al bordillo, con restos de gusanitos que cualquier niño, estirando sus piernas también, dejó allí a la llamada de sus padres. Olisqueaba el contenido de la bolsa y con su hocico, un poco lambuzo, se le antojó apetitoso aquel bocado que resultó ser etéreo y adictivo. Al volverse, el coche azul tinta, tan familiar para él, ya no estaba allí.

Marcelo, sobre sus cuatro patas, con la cabeza erguida miraba a derecha e izquierda, atisbando todo ese posible escenario a su alcance, pero no reconocía a nadie, consideró que sobre el bordillo tendría más visión y allí sentado sobre las patas traseras enfiló su mirada a los coches que entraban a repostar. Pasado un tiempo, y desde la misma posición, bajó sus ojos vidriosos al asfalto y las orejas alicaídas parecían protegerlo en su abandono. Desde esa misma atalaya veía la necesidad de llamar la atención, arrimarse a alguien, pero entendía que empezaba su drama y la confianza en los demás la había perdido, otros le harían lo mismo. Caía la noche y tenía hambre, un relente lo hacía tiritar, y le rondaba cierta angustia con un dolor camuflado. Con todo eso a sus espaldas se dispuso a caminar perdido.

Pasó la noche acurrucado en un balancín abandonado junto a unos contenedores de basura, nadie le disputó ese trono, y enfiló la mañana buscando comida, tampoco le resultó difícil encontrar algo que llevarse a la boca, pero ese mundo no funcionaba siempre así, se vería en alguna pelea por un mendrugo de pan, pero aceptaba el reto, era un perro callejero más.

No necesitaba otra falsa protección y bajo el señuelo de una comida segura, el calor de una casa y la cama, soportar otro engaño y abandono. Y por nada del mundo el verse de nuevo con aquella ropa ridícula para sus paseos, cuando le bastaba con su pelaje. Le tocaba probar, si era posible, la libertad en su vida, teniendo esa misma vida como amenaza. Y ese vagar mañanero le daba un ímpetu a sus pasos, las orejas erguidas – orgullosas- como antenas, y los ojos desafiantes, con una mirada clara, sin neblina alguna, para zambullirse en la nueva etapa por él elegida. Un día en la calle y distinguiría de las manos tendidas para ayudarle, aquellas verdaderamente amigas conocedoras de su trauma, las que lo trataran como un perro verdadero. La cuestión era topar con esas manos, por eso Marcelo seguía caminando.

José Antonio García Feria

MARCELO

El chucho no era bonito. Lo sacaron de la perrera para regalárselo a Kevin, le pusieron Tobi y a los dos meses se aburrieron todos de él. Un domingo, de camino a su pueblo, el padre lo dejó cerca de la gasolinera pensando que allí lo encontraría alguien. Al pobre animal no le dio tiempo ni a acostumbrarse a su nombre.

En aquellas soledades no se oía más que el canto de algún pajarillo, así que se acercó al edificio con el rabo entre las piernas. Parecía estar abandonado porque no se veía ni un alma. Por el rabillo del ojo notó movimiento y vio a un hombre flaco y serio que lo miraba con desconfianza, el animal salió corriendo como alma que lleva el diablo y se escondió detrás de un gran bidón de agua. Desde su pobre refugio podía ver y oír lo que pasaba.

Apenas llegó gente: una familia que venía a ver a los abuelos, una pareja de cincuentones a dar una vuelta a la casa, y un chaval con una moto que bramaba como un ciervo en celo. Todos parecían conocerse porque se despedían del gasolinero con un «¡Qué bien vives Paco!», a lo que él respondía con un mohíno «haberte quedado en el pueblo».

A mediodía, Paco cerró y se fue. El chucho salió de su escondite para ver si encontraba algo de comer y vaya si lo encontró. El tipo se debía haber olvidado el bocadillo y sin pensárselo, se lo zampó. Con el estómago lleno y por primera vez en mucho tiempo, se sintió a gusto en aquel silencio acogedor, lejos de los aullidos de la perrera y del constante griterío de la familia de Kevin.

Paco volvió enseguida y pasaron la tarde vigilándose en silencio. A última hora llegó una señora mayor. Al perro le gustó su voz y salió despacito. Ella le hizo unas cuantas monerías y el animal respondió encantado. Esta es la buena, pensó poniendo su mejor cara, que no era mucho. Paco salió de la oficina, pero el chucho se sintió seguro con la señora y esta vez no salió corriendo:

— Paco, ¿y este perro?

— Pues no sé Doña Cati. Apareció esta mañana y lleva ahí escondido todo el día.

— Desde pequeño te gustaron más los animales que las personas, querías ser pastor como tu padre para tener muchas ovejas y muchos perros.

— Ya ve, cosas de muchachos, esto ha cambiado desde que estaba con usted en la escuela. El ganado ya no da para vivir.

— Es verdad hijo, por eso os habéis quedado tan pocos ¿Qué vas a hacer con el perro?

— Pues yo creo que me lo voy a quedar para que me haga compañía y me vigile la gasolinera, aunque mire usted, no parece muy fiero, es unas tirillas, hasta en eso se parece a mí.

— ¿Sabes a quien me recuerda? A tu tío Marcelo, tiene el pelo del mismo color y es igualito de feo.

— Así lo voy a llamar, Marcelo.

Los dos se rieron con ganas. Doña Cati se despidió con un sencillo hasta luego. A Marcelo le gustó su nombre. Comió, bebió y tranquilamente se metió dentro de la oficina que Paco había dejado abierta al marcharse.

Belén Gómez

EL ABECEDARIO ESTELAR

A la salida de la gasolinera, el automóvil de la familia Juárez dejó atrás a Marcelo, su perro. Bajaron al animal para que hiciera sus necesidades. Cuando quiso darse cuenta, sus ingratos cuidadores se habían marchado sin él. Decidió aguardar allí la llegada del nuevo dueño después del abandono. Entendía con claridad el porqué de la actitud de sus traidores y falsos amigos. Firme en su objetivo se apartó junto a unos matorrales hasta que llegara el momento deseado. Guiado por sus informes previos había elegido el método preciso para poder pasar desapercibido en principio. Hizo lo posible por actuar de acuerdo con la naturaleza adquirida; pero algunos comportamientos extraños alarmaron posiblemente a los Juárez. Instalaron una cámara en su caseta. Algo anormal debieron descubrir en él que les alarmó y los llevó a abandonarlo. Justo una hora después se paró cerca de él otro automóvil. Kiko, un hombre de aspecto insignificante y maduro, salió y se aproximó a Marcelo. Le habló en voz baja, casi susurrando. “Marcelo”, menos mal que te he encontrado. Sube al coche.” No lo dudó. Entró y se acomodó en los asientos traseros, después, Kiko prosiguió su camino con el nuevo ocupante detrás. “Ñoñerías aparte, ¿cómo se te ha ocurrido adoptar esta forma? Te has arriesgado demasiado.” “Ordené al transmutador de la nave que me facilitara un camuflaje adecuado. Escogí este porque me gustó. Me pareció el más oportuno. Gracias a ello he podido confeccionar un informe detallado del comportamiento humano.” “¿Pero no te parece que siendo como ellos te habría facilitado la tarea?” “¡Qué va! Ser un perro me ha ayudado a pasar desapercibido. ¿Quién va a pensar que un can más inteligente que ellos los observaba?” “Reconozco la originalidad de tu modo de actuar. Espero que te haya resultado eficaz.” “Seguro, ya lo comprobarás cuando analicemos en nuestro planeta los datos obtenidos.” “¿Te han decepcionado o maravillado?” “Un poco de cada cosa. Están en plena evolución. Es mejor dejarlos en paz y que continúen avanzando a su propio ritmo.” “Vinimos desde muy lejos, regresaremos hoy mismo, según tú con unos buenos resultados.” “Wonderland, todos sus habitantes, nuestros hermanos, se alegrarán de saber que en este planeta existen seres inteligentes con los que contactar cuando estén a la altura debida.”

Xarcon y Lombar, que eran sus verdaderos nombres, recuperaron su aspecto natural, llegaron hasta su astronave oculta en el desierto y se dispusieron a despegar. Ya habían culminado la misión y además con el éxito esperado. Zarparon con la satisfacción de que su exploración iba a hacer historia para su civilización cósmica.

Vicente Rodríguez Lázaro

CAZAR CONEJOS

Algo siniestro imaginaba ese día. Lorenzo que, años atrás había envuelto mi cuerpecito en una suave manta floreada y me dispensaba caricias y atenciones, había cambiado, no era el mismo. En la casa, entonces, vivían niños y a veces, posaban su mano sobre mi cabeza y acariciaban mis orejas. Esa mañana sus ojos me rehuían y cuando llenó el platito con las bolitas marrones, lo hizo displicente y rápido sin detenerse a observar cómo yo engullía, en apenas un minuto, la ración matutina y brillantaba con mi lengua el fondo del plato. Esa mañana tampoco me puso el arnés, incluso desabrochó mi collar que se había convertido en un compañero inseparable y protector, esto también aumentó mi desconcierto, nunca, en los años que llevábamos juntos, había salido a la calle sin collar. Con un ágil salto, como siempre, subí a la parte de atrás del coche y miré por la ventana trasera. Salimos fuera de la ciudad y la larga y recta carretera iba haciéndose puntiaguda conforme devorábamos kilómetros. Lorenzo no habló en todo el trayecto y tan sólo apretó el botón de la radio para oír noticias o algo parecido, yo prefería la música, me entretenía e incluso en algunos viajes conseguía que conciliara el sueño. El desfile continuado de campos, casas y puentes se me hacía agotador, todo pasaba tan rápido que mi mente terminaba por agotarse hasta que dejaba reposar mi cabeza entre las patas delanteras y cerraba los párpados. Hoy no, yo mantenía mi cabeza erguida, observando el espacio exterior y volviendo la mirada hacia mi amado conductor. Lorenzo se desvió de la carretera, aparcó el coche al lado de unos postes de los que salían unos largos tubos negros que olían fatal, aunque ese olor no me era desconocido. Los otros perros con los que jugaba y corría en el parque, decían que yo era una raza para cazar, buscar conejos, aunque siempre me dieron pánico la sangre y la violencia. En las frecuentes peleas que sucedían en el parque, la mayoría por un quitame allá esa pelotita, yo corría al lado de mi amo y observaba cómo dientes y gruñidos protagonizaban el revuelo. Hace mucho que no veo a Lorenzo. Muy pocos coches paran en este sitio. Cada vez que oigo uno, levanto la cabeza y si hay niños dentro, muevo el rabo, no sé por qué. El hombre que vive aquí acaricia mis orejas y una vez por semana salimos al campo. Él caza conejos.

Ángel Rodríguez

FORMAS DE PASAR A MEJOR VIDA

Marcelo lleva dos días por los alrededores de la gasolinera en la que se separó del que había sido su dueño hasta entonces. Todo sucedió muy rápido: cuando se dio cuenta, el coche era un punto muy pequeño que se alejaba por la carretera.

Ha decidido, a falta de otra cosa mejor, quedarse por allí. El encargado de la gasolinera es un tipo rudo y de pocas palabras que viste un mono gris plagado de manchas de grasa. Le consiente que merodee por la zona, aunque no le ofrece ni un mal chusco de pan duro ni un poco de agua.

La sed la calma en unos charcos que han dejado las últimas lluvias, pero el hambre aprieta. Como nunca ha tenido que cazar, ni se le pasa por la imaginación adentrarse en la maleza que rodea a la gasolinera para lograr alimento. Le dan pavor las sombras que allí se adivinan y su instinto le dice que es mejor no arriesgarse.

Decide probar otros métodos más sencillos. Uno de los trucos que siempre le ha funcionado es hacerse el muerto. Cuando lo llevaba a cabo conseguía la sonrisa, no solo a su dueño sino a todo el mundo que lo veía. Tal vez, si así logra llamar la atención de alguien pueda encontrar otro hogar.

Observa que un coche se detiene a repostar y comienza su función. Pero el pobre Marcelo no se da cuenta de que está muy cerca de la carretera cuando se tumba patas arriba. En ese momento, pasa un camión a más velocidad de la debida. El conductor ve a un animal que entiende que está muerto y no realiza la arriesgada maniobra de frenar o de dar un volantazo.

Marcelo se salva por escasos milímetros de ser aplastado bajo las ruedas del camión. El encargado de la gasolinera, que es testigo de lo ocurrido, palidece y siente que algo se ablanda en su interior. Entonces avisa al perrillo, que no ha sido consciente de lo cerca que ha estado de morir.

Marcelo ahora se llama Tobías, pero eso le da igual. Los hijos del encargado de la gasolinera son unos niños estupendos que le llenan de atenciones y mimos. Juega mucho con ellos y siente que ha encontrado a su nueva manada.

Víctor M. Jiménez Andrada

MOLY Y MARCELO

Final de curso. Llegan las vacaciones y toca recoger la casa. Los niños no colaboran, quieren seguir con sus pantallas. Les doy un ultimátum: hacer las maletas. A regañadientes obedecen.

Cuando ya están las maletas casi hechas llega mi hijo, muy emocionado, y me enseña una foto con su perrita:

—¿Te acuerdas mamá?

—Claro que me acuerdo.

Nos la regaló una amiga con un mes de vida. Color marrón y manchas blancas. ¡Una chihuahua preciosa!

—Mamá, la llamaremos Moly, como la máquina del tren del cuento "Jim Botón y Lucas el maquinista" de Michel Ende.

Así fue como Moly llegó a nuestras vidas. Era una más.

Cómo saltaba de alegría cuando los niños llegaban a casa. Por las mañanas, cuando se iban al colegio, los acompañaba hasta la puerta. Si salíamos de viaje y ella se quedaba, se sentaba junto a los bolsos, triste y derrumbada.

Cada año, el siete de septiembre, como la canción de Mecano, celebrábamos su cumpleaños. Era una perrita especial. Sólo le faltaba hablar. La perfecta compañera de juegos.

—Mamá, me llevo la foto.

—Mete la foto en un libro y cierra la maleta.

El coche va lleno de equipaje e ilusiones, como si fuera la primera vez que vamos a la playa.

Cruzamos el parque, salimos de la ciudad y entramos en la autovía. No hay mucho tráfico. La radio anuncia buen tiempo.

—¡Qué bonito está el campo!

Me gusta mirar el paisaje. Observar sus colores. Ver pasar las encinas, los olivos... nuestro paisaje extremeño.

A mitad de camino paramos para repostar.

Cuando los niños salen del baño, un perrito callejero de raza desconocida, se acerca a ellos y los sigue. Está solo, quiere jugar. Lame sus zapatillas y mueve el rabo. Está limpio y atendido. Tiene una mirada triste, parece que dijera: quiéreme

—Mira mamá, se quiere venir con nosotros.

—No es nuestro. Vamos, subid al coche.

—Mamá, por favor. Hasta se parece a Moly. Tiene la misma mancha. Es un poquito más grande. Pero nos cabe en el coche. Está sólo. Por favor.

Preguntamos en la gasolinera y nos dicen que lleva tres días por allí. Uno de los empleados le da de comer, le echa agua y le ha preparado una cama en un rincón. Le llama Marcelo. Es un perro muy cariñoso. Alguien lo dejó abandonado.

Llegamos a la playa.

Los niños están locos de contentos. Este año serán unas vacaciones distintas.

Somos uno más en la familia: tenemos a Marcelo.

Tasi Solís

TOBI O MARCELO

Estoy nervioso. No veo ni huelo a nadie de mi familia. Bajamos del coche a estirar las patas, me ofrecieron agua y me enseñaron un pequeño prado junto a una construcción. Estuve corriendo un rato. Ellos estaban haciendo algo en el coche. Muchas veces hemos parado en sitios parecidos, creo que se llaman gasolineras. Sin embargo, hoy algo va mal... Cuando he terminado de respingar por el campo les he buscado con la mirada por todas partes y no les he visto. Miro a todos lados y no les huelo... Sigo el rastro, pero observo que los coches pasan a gran velocidad y me asusto... además ya no sabría por dónde ir a casa.

El día amaneció como otros muchos. Después de mi paseo y de un buen desayuno oí el silbido de papá... *“Vamos Tobi, daremos una vuelta en coche”*. Mamá y mis hermanos también estaban arreglándose... todo era felicidad... Un día fuera de casa, sol y familia... ¿Qué más se puede pedir?

Pero ahora tengo miedo. No sé dónde están. Sí... ahí está el coche... No... es igual, pero es diferente y de él bajan personas extrañas... Lo mejor será sentarse y esperar... volverán a por mí, seguro.

Oigo gritar a unos niños... pero no son mis hermanos... *“mamá, mira un perrito, a lo mejor quiere comer algo”* *“No te acerques, seguro que tiene pulgas, además no le conocemos, puede morderte”*. Yo me quedo quietecito y observo.

Pasa el tiempo lento, muy lento. Ya debe ser la hora de comer. Tengo hambre y mi familia no vuelve... Sigo con paciencia. Entra gente y sale. Todos pasan. Nadie se detiene. A todos me acerco moviendo mi colita, pero me ignoran o tratan de ahuyentarme. Me aproximo a un hombre que se parece a mi padre... me ve y hace intención de darme una patada... *“largo de aquí, chucho”*.

Una pareja mayor se baja del coche... me arrimo y la mujer me da un bolsazo... Vaya mal genio que gasta.

Al principio me acercaba a la gente moviendo el rabo, para demostrar lo simpático y cariñoso que puedo ser, pero ahora, al final del día estoy acobardado.

Se hace de noche y tengo frío, y lloro, pero uno de los trabajadores de la gasolinera empieza a echarme agua con una manguera para alejarme de allí. Me voy triste y con el rabo entre las patas. Solo quiero comer algo. Solo quiero comer y volver a ver a mi familia.

“Mira Juan, ese perrito lleva aquí todo el día ¿No le habrán abandonado? Hay que llevarle a la protectora, no puede quedarse aquí esta noche”, una mujer joven es la que habla. Se me acerca y yo huyo. Tengo miedo de que me pegue o algo así. Me ofrece un trozo de comida... la olisqueo y comienzo a devorarla con fruición... la mujer me coge en brazos y me sube al coche. *“Juan, si no es de nadie, me lo quedará y se llamará Marcelo, como el perrito que tuve de niña”*.

Siento confianza. Por primera vez en todo el día pienso que las cosas se pueden arreglar.

Concha Ibáñez Montero